

Entusiasmo sublime de Juan Estévez

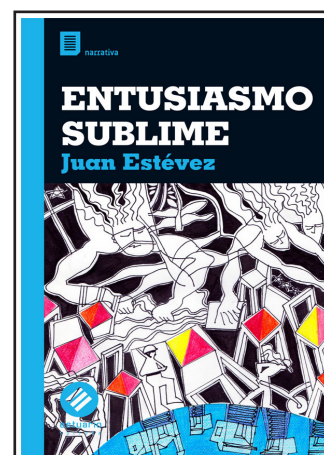
Daniela De Los Santos

(Instituto de Profesores Artigas
Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguay)

Estévez, Juan. *Entusiasmo sublime*.
Montevideo: Estuario, 2017.

“No era feliz ni infeliz solo estaba solo como Pérez,
el morrocoy del pozo de doña Lila”.

En el mes de mayo de este año se dio a conocer el premio de narrativa otorgado por el Ministerio de Educación y Cultura. La obra ganadora fue *Entusiasmo sublime* de Juan Estévez editada por Estuario.



Juan Estévez nació en 1956 en Mercedes (Soriano). Ha publicado tres libros en su localidad, dos relatos y una recopilación de reportajes, *Entusiasmo sublime* es su primera novela.

La obra, dividida en siete capítulos, abarca un período de tiempo que va de 1973 hasta 1976 con alteraciones en el tiempo y el espacio. Los primeros tres años de dictadura uruguaya que Gerardo Caetano y José Rilla (2017), en su *Breve historia de la dictadura*, identificaran como la etapa de la “dictadura comisarial” caracterizada por la carencia de un proyecto político propio del régimen, sumado a una intención manifiesta en la tarea de “poner la casa en orden” (11).

En ese espacio y tiempo se moverá el protagonista, un joven solitario e inquieto de nombre Iván que, junto con un variopinto grupo de prostitutas, inmigrantes, guerrilleros y milicos intentarán sobrevivir en un mundo donde los más desfavorecidos son los más castigados.

La historia, narrada de una manera sencilla pero con metáforas incisivas extraídas de la realidad, inicia con el cruce de Iván a la ciudad de Entre Ríos (Argentina) luego de salir de la Escuela militar en busca de una nueva oportunidad de vida. Este primer capítulo acontecido en 1976 traza un puente y a la vez un círculo con el último que cierra

la obra, denominado “25 de agosto de 1976 II”. En éste, Iván cuenta a su compañero de viaje, Julio, una historia que les relató uno de los tenientes para tantearlos. En ella se supone que el puente de Paysandú ha sido terminado y se encuentran a la mitad un perro argentino y un perro uruguayo. Sorprendido el perro argentino que el uruguayo quiera cruzar a Argentina le pregunta:

–¿Y entonces por qué quieres cruzar?

–Porque tengo unas terribles ganas de ladrar... -contesta el perro uruguayo...

Casi nadie entendió el chiste y mirándome fijamente me pidió mi opinión:

–Está bien. Acá no se ladra –contesté. Seguía mirando y el Cabo de Segunda Saracho, por las suyas y sin permiso, intervino:

–Los perros no hablan y la gente no ladra, mi Teniente...

–¿Por qué cree usted que acá no se ladra...? –me insistió sin dejar de mirarme, ignorando como siempre al Cabo Saracho.

–El perro ladra al enemigo, mi Teniente. Y acá los enemigos están presos. En cambio en Argentina. (219)

Lo que se oculta tras la fachada de milico de Iván –“milicos de mirada severa y palo en mano, palo en las piernas, palo en las cabezas”(15)– es una curiosidad irrefrenable “de imaginar, proyectar, mirar y comprender” (16) que se había despertado desde chico y que lo había llevado a que “Sin padre, sin abuelo, sin (casi) hermano, la imagen masculina que él necesitaba encontrar la halló en Bigotes, el escobero de la esquina que pasó de ser un «viejoloco» a un anarquista” (24). Es este joven, rebelde silencioso, el que partirá a Argentina con pretensiones de gritar libertad, pero que quedará atrapado entre los recuerdos de infancia, la miseria y la pobreza de quienes buscan salir adelante.

En un mundo de desorden, tiranías e injusticias, el ejército funcionará para el protagonista (y tantos otros) como casa y refugio contra el frío, el hambre y la soledad: “Se recostaría a un «personaje» que era como denominaba a los carismáticos y le sería funcional sin humillarse [...] Se acomodaría para desempeñarse como un intrascendente engranaje más” (89).

Es en ese “acomodarse sin humillarse”, acercarse pero sin renunciar a ser quien es, que llevará a Iván a que cargue escondido en el bolsillo izquierdo de su uniforme de milico, un afiche del príncipe Kropotkin¹ que lo une a su barrio, a sus amigos y la libertad pasada.

El afiche funcionará como un tabú en términos freudianos, es decir, es a la vez un objeto sagrado que lo identifica con una ideología, en este caso con la anarquista, y a la vez, es lo prohibido por el sistema dictatorial, más aún si tenemos en cuenta que el protagonista forma parte del grupo represor. De todos modos, Iván no dudará en llevarlo consigo porque de esta transgresión deriva su entusiasmo vital, aunque ello signifique

1. El príncipe Piotr Kropotkin (1842-1921) es considerado el padre del anarquismo.

también un miedo latente de ser descubierto. La particularidad de ese miedo es que no paraliza, sino que exalta una rebeldía silenciosa, un ladrido mudo que se va pronunciando hasta alcanzar el clímax cuando el afiche de Kropotkin se incendie en la boca del horno del cuartel general mientras un millar de presos... “incomunicados entre sí” (141) miren como puedan iluminados, “la barba del Príncipe ardiendo” (143).

Como modo de cierre, se puede decir que el pequeño y frágil objeto actúa como el caballo de madera introducido tras las murallas de Troya, pasa todas las restricciones y se yergue victorioso aun incendiándose. Su victoria está en ser visto por quienes están prohibidos de libertad e infundir en ellos esperanza y entusiasmo, y al hacerlo crear el sentimiento de lo sublime que, como entendía Kant (1946), tenía la particularidad de “conmover” (14).

Bibliografía citada

Caetano, Gerardo, y José Rilla. *Breve historia de la dictadura*. Montevideo: Banda Oriental, 2017. Impreso.

Freud, Sigmund. “Tótem y tabú.” 1912-13. *Obras completas Vol. XIII*. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1991: 1-164. Impreso.

Kant, Immanuel. *Lo bello y lo sublime*. Buenos Aires: Austral, 1946. Impreso.